



Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
La Reina D^a María
de Inglaterra
por Antonio Moro
Museo del Prado

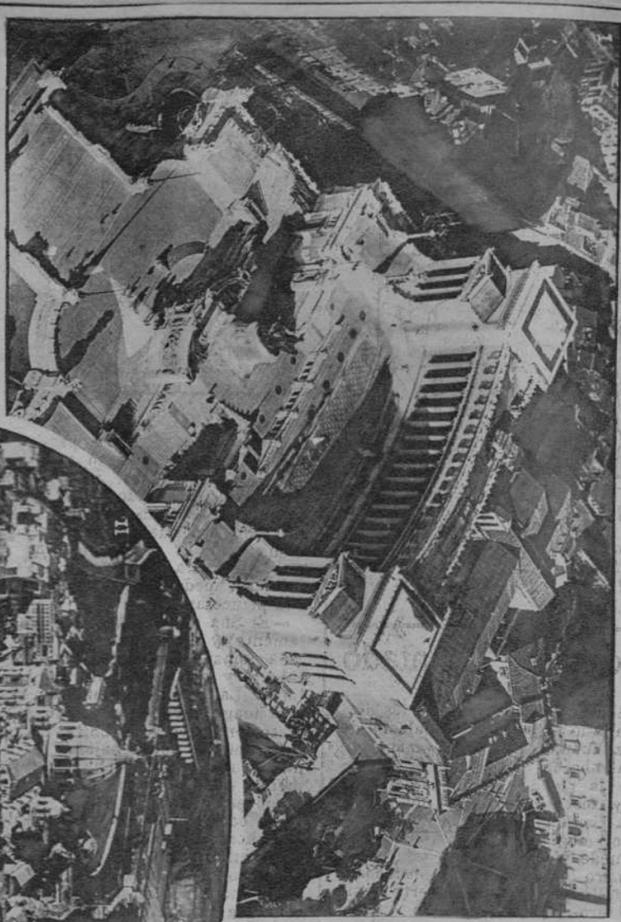


Los antiguos azulejos catalanes, golosina de los coleccionistas, reprodujeron con un arte sabroso e ingenuo las galeras, sus velas hinchadas, sus banderines batientes.



I.-Ejemplares de la magnífica colección de azulejos de tema marítimo que posee el Dr. Raul Rovinsky.
II.-La batalla de Lepanto, interesante conjunto de azulejos del siglo XVII, salidos del taller de Anton Col's y Parellada.



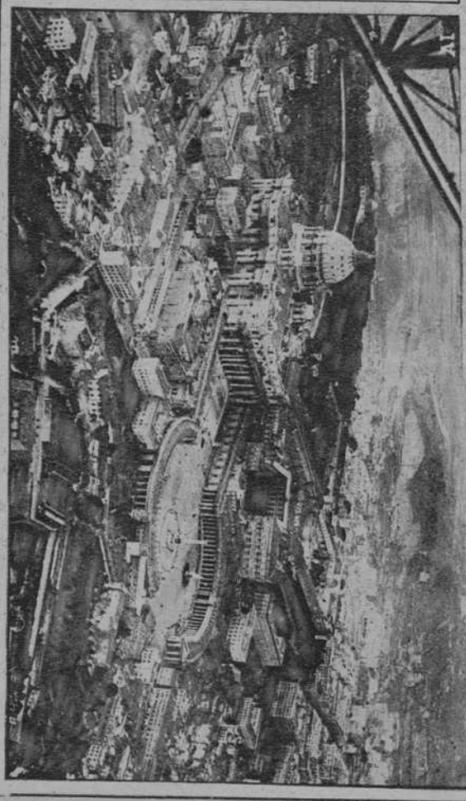
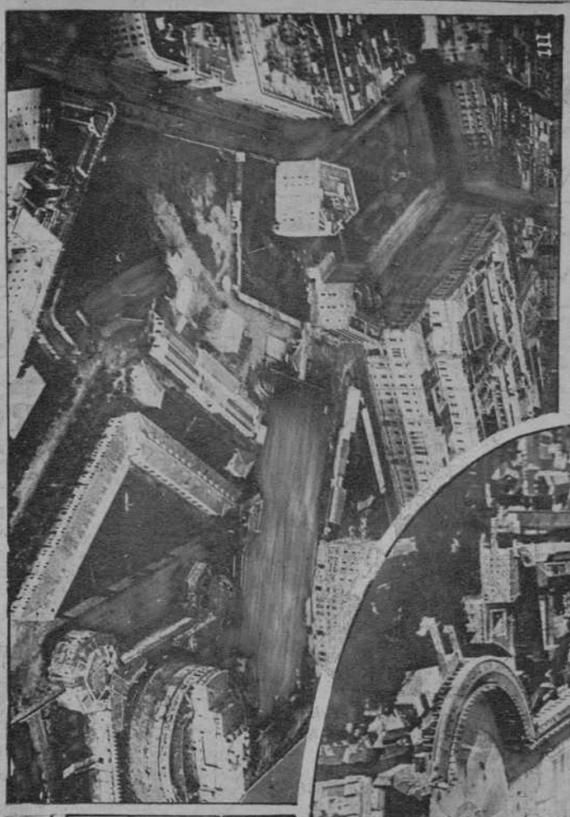
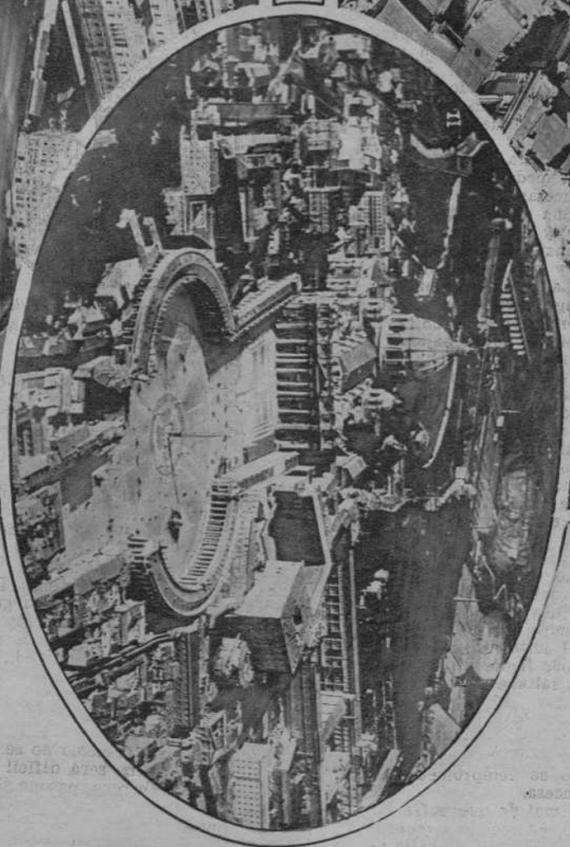


I - El monumento a Victor Manuel I, fundador del Reino de Italia.

II - La plaza de San Pedro, la columna del Bernini.

III - El Castillo de Sant Angelo.

IV - Otra vista de la Basílica de San Pedro con los edificios y jardines del Vaticano.



Los autores no respetan ninguna grandeza... todos con la misma indiferencia lepidanle.
Así Roma, la Ciudad Eterna, ofrece a vista de pájaro un aspecto que no conocen ni los Pontifices.

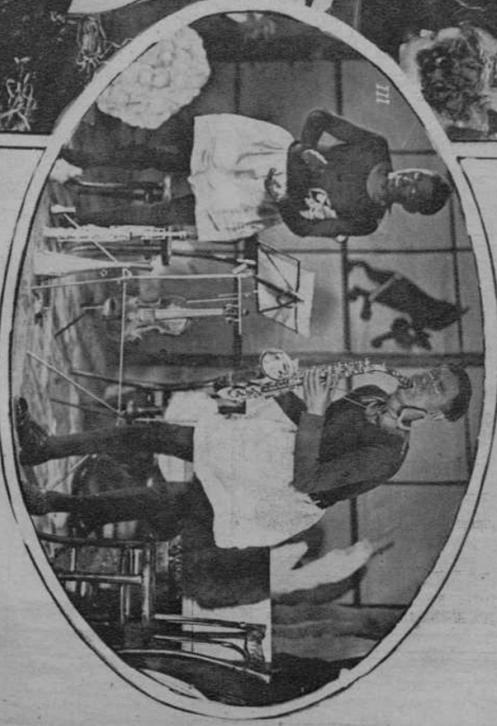
I - El Marmor-saal de Berlín es una noche carnavalesca.

II - El Colegio de Arte Restinara no quiere ser meros que los cabarets y celebra su primer baile de mascarar.

III - Los negros del jazz, no están er-ceplados de la obligación de disfrazarse.



Carnaval aum está lejos... pero en los cabarets de Berlín ya hace días que el charleston se baila con disfraces ricos y variados



*Día de fiesta en Féz, los
jinetes corren la polvora*



*Marruecos: A pesar de los
proteccionados, de las infiltraciones indis-
triales, de las explotaciones mineras y de
las misiones religiosas, el mundo musulmán
conserva su fisonomía típica e inconfundible.*

*Tropas negras, caballos y
jaquies blancos*

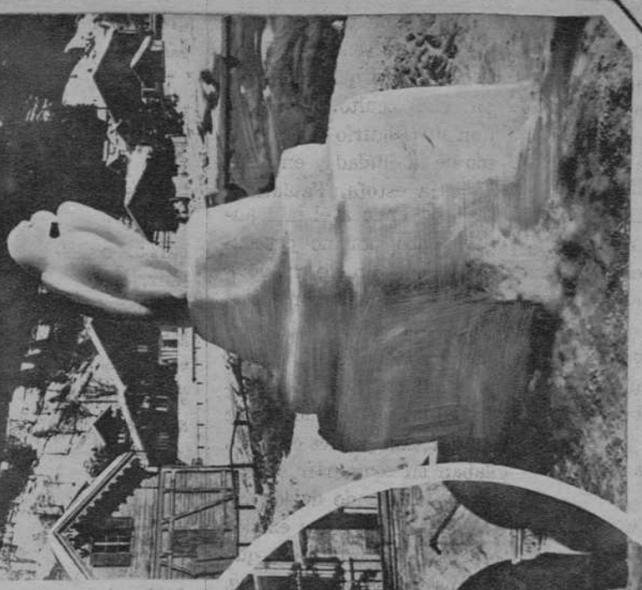


*La escultura en nieve tiene
numerosos partidarios en
los países fríos. No es es-
traño. La primera mate-
ria es barata y el público
muy indulgente*

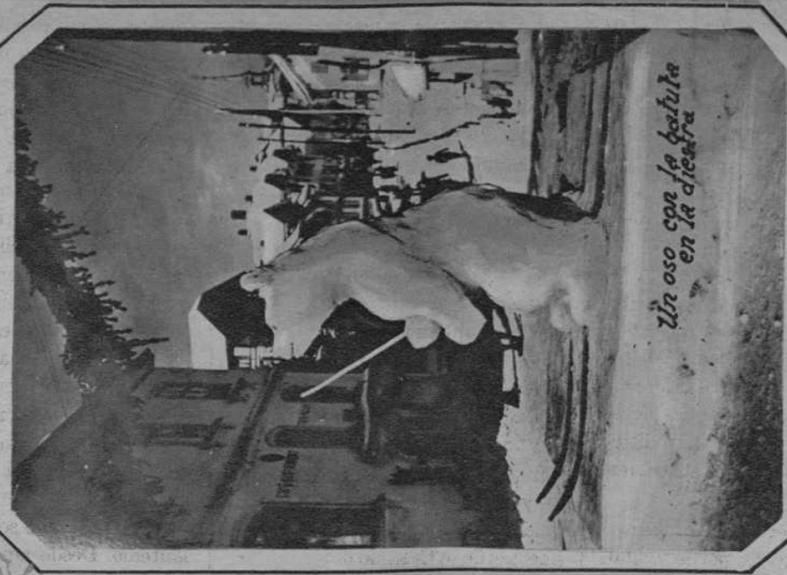


*¡Moisés? En todo esto, un anciano
venerable y barbudo.*

*Monumento al aguila,
rey de los águilas*



*Un oso con la botula
en la diestra*



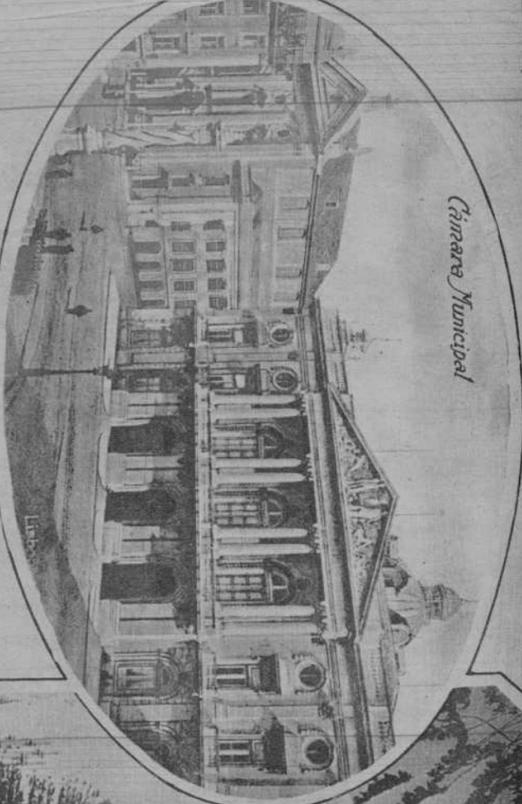
*Un magnifico ciervo que yergue
sus cuernos ante un bosque de
pinos.*



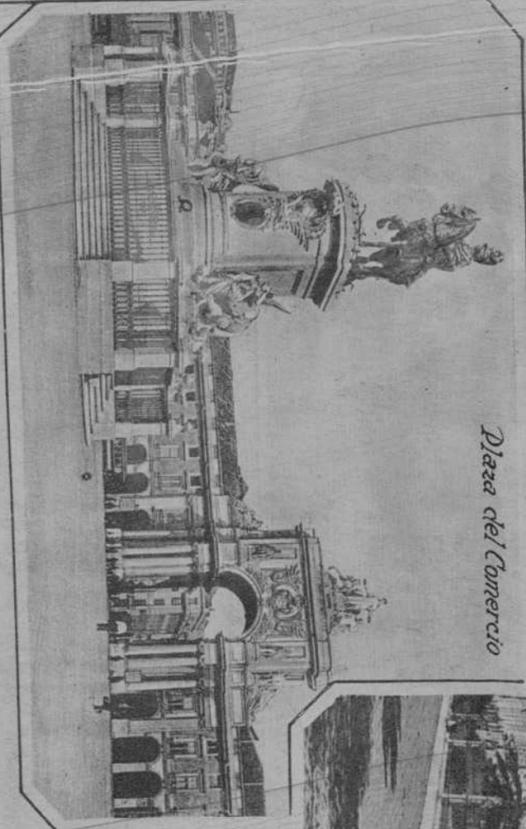
*El río Garona
en Siella (Valle
de Arán)*



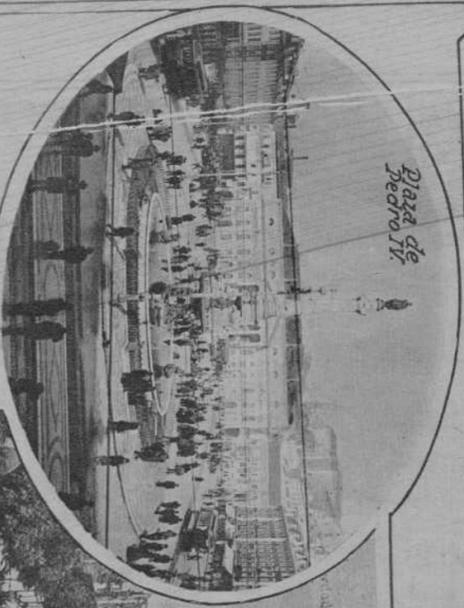
Cinara Municipal



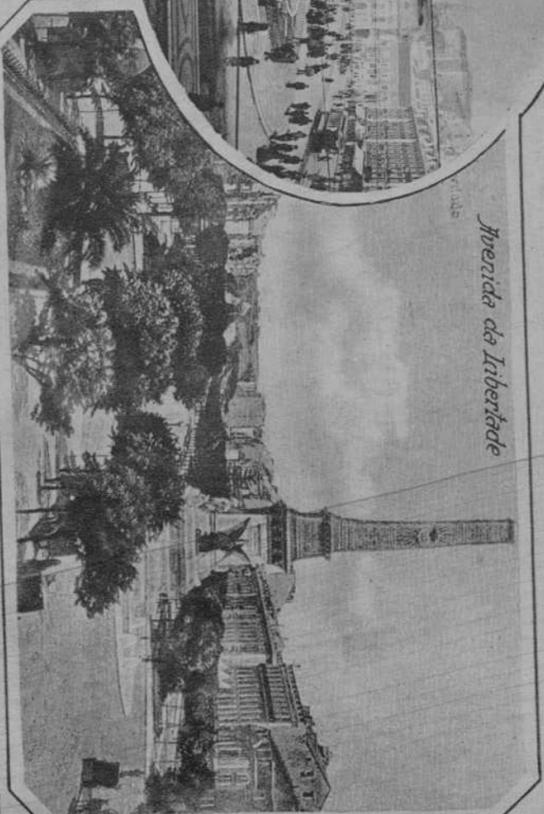
Plaza del Comercio



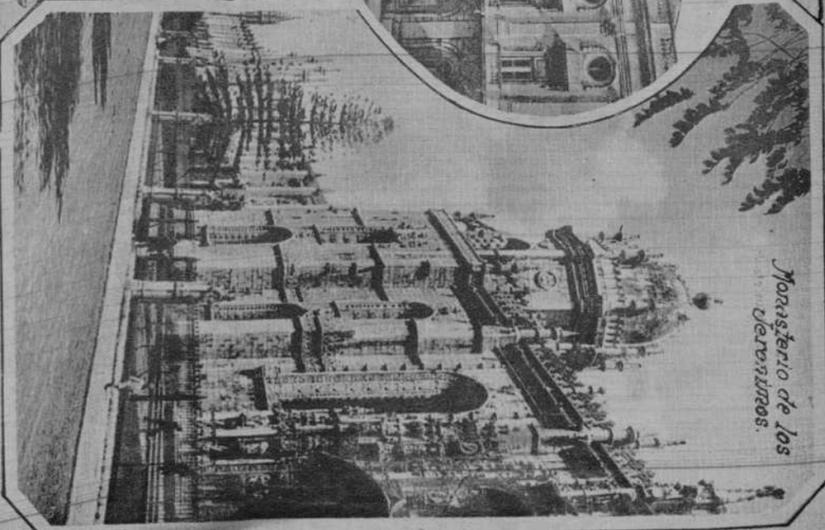
*Plaza de
Pedro IV*



Avenida da Liberdade



*Monasterio de los
Cervarinos.*



*Lisboa, junto al mar
y a orillas del Tago,
es una de las capi-
tales mas piniores-
cas del mundo*



La novela del domingo

El doctor saltó del sillón donde estaba sentado, como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría. Corrió aceleradamente hacia la puerta del despacho, y antes de que pudiera llegar a ella ésta se abrió violentamente y un enfermero, en la palidez de cuyo semblante se adivinaba que había ocurrido algo extraordinario, entró. Fuera, a lo largo del pasillo, corría un rumor de pasos precipitados, y de la parte del jardín, por la ventana abierta, entraba un estrépito como de alaridos y cargadas. De cuando en cuando se escuchaban las notas de una canción melancólica, siempre igual, y repetida siempre, con un dejo triste, monótono y cansado.

Aquello era una casa de locos. Un asilo municipal, donde la corriente de la vida empujaba a los que habían perdido el juicio, padecido el hambre y la miseria; a los eternos caballeros de la hedionda pobreza, carne de la calle; a los neuróticos y a los miserables a quienes apedrecaban las hordas de rapaces por los recovecos de la gran ciudad.

El enfermero que de un modo tan violento entró en el despacho del señor Requena, al encontrarse ante él, se arrancó de un manotazo la gorra que le cubría la cabeza, y denotando en sus ademanes una gran inquietud, apenas si se atrevió a decir unas palabras.

—Doctor: Don Crisantemo ha desaparecido.

El semblante del alienista cambió de color. Balbuceó en voz baja unas frases incomprensibles y salió inmediatamente de la habitación seguido del dependiente, que aún no había recobrado la serenidad.

Era un verdadero contratiempo la desaparición de don Crisantemo, pues aunque estaba considerado como un loco pacífico, su fuga había de ser causa de que se impusiera una sanción al director del establecimiento. Existía, además, una razón puramente sentimental para que al doctor Requena le contrariase la fuga del asilado. Don Crisantemo era el loco más distinguido de la casa, el que poseía mayor cantidad de cordura, el más tratable y el mayormente inofensivo. Estaba considerado por todos como un hombre muy simpático, y esta natural simpatía del enfermo había cautivado al Doctor de tal manera, que le tomó verdadero cariño y siempre le tuvo consideraciones especiales, haciéndole objeto de un exquisito trato.

Sano aún el corazón del joven Doctor Requena, buscó ejercer su profesión en aquella casa tan triste, llevado de sus nobles impulsos de piedad. Sentía un profundo amor por la humanidad que sufre, y eran peculiares en él los nobles sentimientos de misericordia. Algo visionario y dueño de un espíritu altamente moral, llegaba hasta el enternecimiento en la contemplación de los dolores ajenos y era para él un gozo inefable poder remediar los males de los otros. Gran psicólogo, había formado su vida al grato calor de los grandes maestros de la literatura rusa. Sus autores favoritos fueron siempre

Tolstoy, Kupprin, Dotoyeski, Máximo Gorki y aquellos otros cuyas novelas, impregnadas de la melancolía y pesadumbre de un mundo profundamente triste, hablan de la realidad con un estilo amargo y palpitante... Las lecturas de sus autores predilectos habían ido saturando su corazón de una tristeza profundamente humana, y esto hacía que lo ofreciera al mundo de los desventurados como una fuente clara donde apagar la sed de amor, de caridad y de ternura.

No era, pues, de extrañar la inclinación afectuosa del joven doctor de la casa de locos hacia aquel pobre hombre que le había inquietado con su inesperada fuga. Acostumbrado a profundizar en el laberinto de las almas atormentadas de los miserables que empujaba la vida hasta sus brazos, desde el primer momento adivinó que don Crisantemo era un pobre desventurado, víctima de una de esas tragedias anónimas que andan perdidas entre el laberinto de las ciudades populosas.

Lo habían traído al establecimiento una hermosa mañana de sol. En todas las cosas triunfaba la sana palpación de la vida primaveral y augusta. El jardín de la casa de locos estaba en flor y entre el ramaje de las verdes acacias, árboles de quietud, los gorriónes formaban una algarabía extraordinaria, con la misma gracia infantil de un corro de muchachos. Hasta los enfermos parecían gozosos. Los semblantes extraños en los que la ira, el dolor y la inconsciencia solían poner gestos atroces, eran entonces dulcificados por una bondad sin fin. Los más cantaban y ponían a sus canciones un estribillo lento, que eran como el rebozo de sus amarguras.

En el coche de la Ambulancia trajeron a don Crisantemo, que dijo llamarse don Leandro; pero uno de los enfermeros, al verlo tan delicado y tan poquita cosa, lo bautizó con el mote, y así fué como en el Manicomio siempre se le llamó don Crisantemo. Venía pálido como un cadáver, cabizbajo y silencioso. Apenas vió al doctor, una dulce sonrisa se dibujó en su semblante. Se acercó hasta él, y tiernamente, como si fuera un amigo de toda la vida o un hermano, se abandonó en sus brazos. El doctor Requena se conmovió y ordenó a los enfermeros que se retirasen. Don Crisantemo entró en la casa, por su propio pie, sin oponer resistencia, como si en realidad la vida de fuera le pesase sobre los hombros o sobre el corazón. Oyó el ruido que produjo al cerrarse la cancela del jardín, volvió hacia ella la cabeza y se puso a llorar como un niño.

Era un caso el de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Lo habían recogido al amanecer, sucio, mal trajeado y con la melena en desorden. Iba corriendo velozmente a lo largo de las calles de la ciudad, con la desesperación reflejada en el semblante. Daba gritos guturales que llevaban el espanto a los transeúntes a quienes se acercaba para preguntarles, en actitud amenazadora, si habían visto su sombra, que era elegante

y fina como la hoja de una espada; sombra que no parecía la de su cuerpo ruin, desgarrado y deforme.

Yo conocí a don Leandro el último invierno, unos cinco meses antes de su reclusión en el Manicomio. Le había oído referir sabrosas anécdotas de su vida pintoresca é interesante, sentado ante una mesa, en el Café Nacional. Solía ir allí, donde era rodeado de varios amigos, a los que, subyugado por las palabras de aquel hombre, me había sumado yo, llegando a ser considerado en la tertulia como un nuevo camarada.

Por aquel entonces, no me cabe duda de que don Leandro estaba en plena posesión de sus facultades mentales. Daba gusto oírle, porque había en su habla una incomparable simpatía. Apenas iniciaba alguno de sus relatos—con tal suerte de detalles que parecía volverlos a vivir—callábamos los demás, deseosos de escucharle. Hablaba amenudo de sus infortunios, de la mala suerte que tuvo en todas sus empresas y de la gran ternura que llevaba dentro de su corazón.

Dando crédito a sus evocaciones, en plena juventud había recorrido el mundo de uno a otro confín. Sobre el mármol de la mesa del café señalaba las rutas que siguiera su vida en el pasado. Sus manos sarmentosas barajaban, al suave compás de su palabra, las naciones y los mares. Había momentos en que la botella de agua era para nosotros un país oriental o una lejana isla enclavada en las heladas regiones polares. América estaba representada por la taza del café. Un terrón de azúcar era el Atlántico, otro el Pacífico, y así, sobre aquella extraña carta marina, surgían ante nuestros ojos tierras remotas y regiones insospechadas, que habían sido festivos de las andanzas de aquel hombrecito feo y desgarrado que tenía un aspecto puramente vulgar.

Algunos de los contertulios empezaban ya a considerar a don Leandro como un gran embustero. Yo, apenas si me atrevía a sospecharlo, pues era en cierto modo imposible fingir una exaltación tan viva como la que ponía en sus relatos, en los que había salpicaduras de un ingenio extraordinario.

Vivía entonces don Leandro muy modestamente; estaba empleado en una casa consignataria de buques, donde trabajaba para mantenerse, y que venía a ser, como él decía, un mal refugio para su pobre vida atormentada. Cuando hacía el recuento de sus viejas y de sus nuevas melancolías, la voz de nuestro héroe, tan interesante, nos hacía emocionar. Evocaba el pasado comparándolo con el presente. Llorando sus dormidos recuerdos, nos refería la pena que sintiera muchas veces, cuando en las serenas horas de las tardes calladas bajaba al puerto y se quedaba como embobado mirando las viejas barcas, estremecidas bajo el dulce peso de la carne palpante de los enamorados. A la hora en que el crepúsculo descendía mansamente, como un rebaño de bíblicos corderos por el ondulado camino de la tarde, buscaba el refugio de las

tabernas del muelle, y apagaba en el vino, como la sangre, espeso, las llamas de sus monotonías de viejo, buscando alivio a sus saudades en la franca amistad de los hombres de mar, héroes de muchas historias extrañas y verdaderas, que mientras fumaban sus pipas, serenos y apacibles, le hablaban de los horizontes lejanos hasta los que había llegado un día su loca juventud.

Más de una vez nos dijo, bebiéndose las lágrimas, del comienzo de sus aventuras. Niño aún, grunete sobre las tablas de un viejo buque mercante, supo de todas las grandes soledades; pisó el suelo de los más remotos países; navegó por todos los mares; emprendió toda clase de negocios. Siempre había sabido guardar un corazón esforzado y valiente, y bajo la máscara de su rostro, que hizo tan feo la Naturaleza, escondió su alma, que tenía transparencias de cristal.

Cuando así nos hablaba don Leandro, a mí se me ocurría mirarlo. Su rostro era grotesco como algunos de esos mascarones colocados a proa de los viejos navíos, y, sin embargo, en sus pupilas, claras como un agua limpia, parecía encerrarse una promesa de ternuras infinitas.

Hablando de su propia vida, se ponía pálido como un muerto. Desde el Mediterráneo al Pacífico había ido su alma viajera durante muchos años, escondida dentro de su pequeña humanidad, sin que se le presentara una ocasión de poder hacer ofrenda de ella a una mujer. Las hembras no tuvieron para él ni la más pequeña limosna de cariño, y es que sembraba el espanto donde quiera que iba, pues su extraña figura las alejaba de él como si estuviera leproso. Más hubiera querido sufrir de una lepra espantosa que de un tan gran desamor.

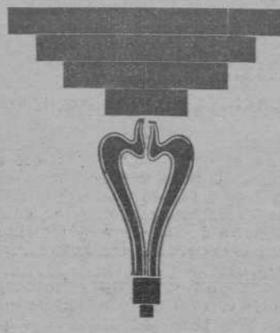
Recordaba con pena las maravillosas noches del mar, cuando su corazón, en soledad, se empapaba de la amargura de su vida. Echado sobre la borda, dejaba huir el espíritu hacia los paraísos de la loca quimera y soñaba con un apacible rincón, allá en la patria lejana, donde al fin le aguardaría una excelente compañera, que tendría el alma remansada como las plateadas ondas en la calma bonancible del Océano.

Indudablemente que el pasado de don Leandro, si era veraz, no dejaba de ser interesante. Escuchándolo, había momentos en que parecía imposible que aquel hombre hilvanase con tanto acierto lo que algunos calificaban de mentiras pintorescas. Hay que decir, en honor a la verdad, que don Leandro se afectaba notablemente cuando hacía referencia a su doloroso pasado, que, con ser tan amargo, siempre lo había considerado mucho más soportable que el presente.

Hay en los relatos de los grandes embusteros una gran jactancia personal. Comúnmente han sido intérpretes de las más gloriosas aventuras y su personalidad viene a destacarse siempre como algo fundamental que encierra el ma-

La
sombra

Novela
corta,
 por
José
Jurado
Morales



yor interés de las narraciones. Los embusteros por vicio, al hablar de ellos mismos, suelen adornarse con las más hermosas virtudes y desempeñan siempre el papel de héroes en la grotesca farsa de su propia vida. Don Leandro, ante todo, era un hombre modesto, y si mentía no era ciertamente para ornar su frente de laureles. El mayor interés de su pasado, de los relatos de su pasado, estaba en la evocación de su perpetuo dolor. No parecía mentir, y al recordar los contratiempos y las vicisitudes de su ayer buscaba sin duda un lenitivo para las horas inquietantes que vivía por entonces.

Para mí, aquel hombre decía la verdad. Su tragedia, por lo vulgar, era completamente verosímil, como también lo era el doloroso punto final que la vida puso a las aventuras de nuestro héroe.

La mala suerte le había herido siempre en el corazón; en él se cebó el dolor, haciéndole sufrir la agonía de todas las torturas que tiene el mundo para los sentimentales.

Al terminar uno de sus prolongados viajes marinos, hubieron de hospitalizarle en un lazareto de la Península. La peste se había apoderado de él, y con ella el destino implacable quiso darle el rudo golpe definitivo que había de hacerle renunciar para siempre a su consuelo y su esperanza, que eran el Mar.

Desde entonces, su corazón marino perdió la potencia de la juventud. En su cuerpo, que hasta entonces fuera tan recio y fuerte como lozaneaba, se agotó toda la sana lozanía de la vida; al paso de los días monótonos y cansados se le fueron acabando las energías; se hicieron más pronunciados los pómulos de su rostro espantoso y todo su cuerpo quedó enjuto como un sarmiento. Y fué ya en la vida, pájaro de alas tronchadas, pobre, envejecido y débil frente a la adversidad, que era ante sus ojos como un abismo sin fondo.

Pasaban los días y don Crisantemo no había vuelto al Manicomio. El doctor Requena procuró que las pesquisas que se hicieron para dar con su paradero fueran suspendidas a tiempo para que no lo encontrasen. El joven doctor, que, como sabemos, por su buen corazón era un hombre extraordinario, creyó que obrando de este modo hacía un favor a su amigo. Cuando él se había marchado, era indudable que un sentimiento más fuerte que la amistad le había impulsado fuera del edificio. No cabía dudar de la anormalidad de don Crisantemo, pero su locura era tan pacífica, que podía vivir en contacto con las demás gentes. Era un loco de los que más abundan, de los que pueden encontrarse a cada paso. El desquiciamiento de su cerebro apenas si era perceptible para las personas que estaban en el secreto de su pintoresca monomanía.

Sabía el doctor Requena que para don Crisantemo la libertad era la vida, y que tenerlo recluido en aquella casa contra su volun-

tad era contribuir de un modo directo al desarrollo de su extraña locura, porque sus ansias de salir, de libertad, le hubieran mantenido en una nerviosidad perpetua, que, fatalmente, le habría llevado a la pérdida completa de la razón. Dejar libre al pobre loco, era una obra de caridad.

Por otra parte, tenía el doctor Requena el presentimiento de que don Crisantemo volvería. Había mucho dolor en el mundo y de él, necesariamente, sería víctima una vez aquel desventurado. El, entonces, lo recibiría afable. Realmente tenía que suceder así. Un día, no muy lejano, el coche de la Ambulancia se detendría de nuevo a las puertas de la Casa de orates y nuevamente le entregarían a su amigo. Volvería a ser el loco más distinguido de la casa; gozaría de una especial distinción y de todo su afecto. A todas horas sería el hombre distinguido que le haría el estimable regalo de su amena conversación, serena y acertada como la de un hombre que estuviera completamente cuerdo. Como antes de su fuga, por las noches bajarían los dos al jardín. Don Crisantemo volvería a repetirle cuál era la suprema ilusión de su vida. El doctor le observaría en los largos silencios, cuando se quedaba mirando a las estrellas, como si hablara con Dios, para decirle su descontento por haberle dado tan grotesca y desgarbada figura. El hubiera querido ser un hombre alto, fuerte y bello. Muchas veces le había dicho que ésta era la suprema obsesión de su vida, y, efectivamente, el doctor había podido comprobar que aquella idea era la que se había apoderado casi por completo de aquel cerebro, de tal modo, que hacía vacilar la razón, como un péndulo entre la sombra y la luz. Aquel hombre se sabía un monstruo. Siempre había creído que era su fealdad la que le cerraba las puertas que se abren al campo de los ideales, de las esperanzas y de las ilusiones. Su propia carne le parecía despreciable y nunca tuvo por ella ni un poco de amor. Se había consagrado por entero a la adoración de su espíritu. El espíritu era para él lo que tenía más alto valor; un valor ideal, porque no tenía forma.

Una noche en que había luna llena, vagaba don Crisantemo por las calles de la ciudad. Hasta entonces había guardado muy dentro de su corazón los sentimientos que amargaban su vida. La existencia era para él como una cruz, y la iba sobrellevando, en la dulce compañía de sus viejos recuerdos. Acudía todos los días a la oficina, donde trabajaba por la fuerza de la costumbre, como si fuera un empleado mecánico. Con mansedumbre de cordero soportaba las burlas y los malos tratos de los otros oficinistas, a los que despreciaba como a gentes vulgares que eran, incapaces de saber que dentro de aquel cuerpo había un alma bella, clara y transparente como las luces del alba.

Aquella noche de luna se dió cuenta de que alguien caminaba a su lado. Se echó a reír; lo que caminaba a su lado era su propia

sombra. Bien pronto hubo en su cerebro como un desdoblamiento. Aquella sombra que era la suya, no lo parecía. Las imperfecciones de su figura grotesca quedaban allí borradas, y era la sombra de su cuerpo fina y elegante como la hoja de una espada. Sintió un gozo íntimo mirando aquella silueta, que le pareció muy hermosa, y pensó entonces que de ella podrían enamorarse las mujeres. ¡Oh, las mujeres! Grato manjar inédito para él, que nunca se atrevió a amarlas ni a pedirles caridad ni cobijo, porque se sabía un engendro que debió de haber nacido sin corazón y sin sexo.

Y así fué como se chifló don Crisantemo. Desde aquella noche sólo vivió para la contemplación de su sombra. Ella era la dualidad de su alma y de su gran espíritu, que, según él decía, no le podía caer dentro del montoncito de su propia carne. Más de una vez se había puesto a andar a la par de los hombres elegantes que paseaban por las calles en las noches de luna. La sombra de él no era ni más ni menos que como la sombra de los otros. Tenían el mismo ritmo y marchaban marcialmente a lo largo de las paredes silenciosas. Deducía de sus observaciones nocturnas, que en las sombras existen la igualdad de la muerte. El mundo de las sombras era un mundo ideal donde imperaba la más perfecta de las democracias; un mundo sin clases, sin distingos, sin nacionalidades, en el que se confundían los oficinistas con los magnates y donde él no era menos que el señor Rudolphe, aquel alemán antipático, figura decorativa de la Compañía donde él, un pobretón para toda la vida, prestaba sus servicios de copista por unas cuantas pesetas, que apenas si eran bastantes para procurarse la ruin bazofia de todos los días. El alemán era objeto de su odio más formidable. Una noche, en que deambulaba sin otra compañía que su sombra amada, lo vió pasar a su lado. El otro ni se dignó saludarlo. Aquello fué como una bofetada para don Crisantemo. Irracundo, sintió la necesidad de matarlo.

El alemán siguió su camino y nuestro héroe echó detrás de él. Sentía como si el corazón le sangrase, y una profunda pena le embargaba el alma. Mucho le había despreciado aquel hombre que se creía de otra casta, y al pensarlo así, mientras le seguía los pasos, se acrecentaban sus deseos de borrarlo del mundo. De pronto, vió don Crisantemo que la sombra del enemigo se iba quedando atrás, como su propia sombra. Una infinita alegría dulcificó su semblante, y sin acortar la marcha escupió con asco a la silueta del otro. El salivazo cayó en la pared, sobre el rostro mismo del odiado. La idea de matar huyó del cerebro atormentado de don Crisantemo, y al volver a su refugio aquella noche estaba más gozoso que si le hubieran aumentado el sueldo.

Pasaron los días, y el doctor Requena esperaba. Entretanto, don Crisantemo se había lanzado de

nuevo a su extraña existencia de visionario. Cuando salió del Manicomio no tuvo más que una preocupación: vivir oculto. Se pasaba los días en un tugurio en lo más intrincado de la ciudad y entre la gente de baja estofa. Paulatinamente fué volviendo a él la tranquilidad y acabó por no preocuparse de si llegarían de nuevo a capturarlo. Como había perdido el empleo, atravesaba una situación angustiosa. Físicamente estaba deshecho e iba de cabeza al abismo. Vivía de milagro, de lo que le daban los que, tan pobres como él, no vacilaban en compartir su miseria. En aquel mundo de los miserables y de los vencidos existía una moral muy distinta de la que se practicaba en las otras esferas. Siempre había una mano dispuesta a alargar un pedazo de pan, desinteresadamente. El prefería aquella mala vida a tener que volver a la casa de locos, donde la existencia era el más angustioso de todos los tormentos; bien lo sabía su amigo el doctor Requena, al que siempre amó como un hombre misericordioso y bueno. En aquel ambiente del Manicomio, se moría de dolor. Los días calmosos y tristes le hacían enfermar de melancolía. Los gritos y las quejas de los asilados, le ponían frenético. El no tenía por qué vivir allí. El no estaba loco; los locos eran los que dudaban de su cordura. Si mantenía animados coloquios con su sombra, si la amaba más que a su propia vida, eso era sólo cuenta suya. Sus cosas eran sus cosas y no le importaban a nadie. Nada perdería el mundo porque él viera en su sombra todo lo que había de bello en la vida. Su sombra era él, tal como estaba hecho por dentro. Su sombra no padecía hambre, ni humillaciones, ni miseria y no estaba loca. Su sombra era como su alma: podía soñar. Su sombra estaba muy por encima de la vulgaridad de su tormentosa existencia. Nadie la había despreciado. Nunca llegó a temblar como tembló él muchas veces en presencia de aquel alemán antipático.

Había imaginado un mundo nuevo, formado a su manera, y en el que sólo podrían entrar las sombras. Mundo aquél de idealistas, donde todo sería bueno y puro; los amores, platónicos, espirituales, sinceros. La Libertad sería en aquellos parajes una cosa para la que habría el mayor respeto. No existiría allí la atracción de la carne ni el dinero. No irían a aquel mundo ni los sátiros, ni los tahures ni los suicidas. El gesto, sería el lenguaje ideal y único para expresar los sentimientos. Allí quedaría desterrada, de una vez para siempre, la oratoria, que tanto mortifica en lengua de patanes. Aquella sería una existencia en espíritu, como la de las almas ya purificadas por la piedad de Dios. Mundo de los que padecieron de pobreza, de hambre y de sed de justicia en la vida; mundo de los que penaron por las libertades santas y de los que, en la vil existencia de la materia, se arrojaron al paso de los bárbaros que iban en legiones a arriar las banderas de la Libertad, manchadas con la san-

gre caliente de la juventud palpitante.

Así iba pensando don Crisantemo aquella noche fría de Enero. Había luna llena. Arropado en su viejo gabán, no podía evitar que le castañeteasen los dientes. El frío le hacía temblar, y, sin embargo, se sentía completamente feliz, en compañía de su sombra. Apenas si pasaban por la calle algunos trasnochadores rezagados, y en aquella soledad tan silenciosa y tan profunda, don Crisantemo, aun echando de menos el tibio lecho y el brasero de la pensión donde vivía en sus tiempos de empleado, estaba gozoso.

La luna brillaba con todo su esplendor. Don Crisantemo se quedó inmóvil mirando a su sombra. Iba a empezar el monólogo.

Inesperadamente, junto a la sombra de don Crisantemo se surgió otra sombra. Nuestro héroe se volvió iracundo. Se oyó una voz de mujer. Se confundieron las dos sombras. Sintió don Crisantemo que un aliento caliente le quemaba la cara. La desconocida empezó a quejarse del frío, de su poca suerte, de la miseria, del hambre y de la vida. Sus palabras caían como una unción consoladora y rica sobre el angustiado corazón de don Crisantemo, que arropó bajo su gabán el cuerpo endeble y enfermo de aquella mujer. La tenía junto a él, casi dentro de su corazón. Un sentimiento nuevo hacía que apretase contra la suya aquella pobre carne. Ella, entonces, le dijo unas palabras al oído, y los dos se marcharon cogidos del brazo para siempre. Don Crisantemo no miró tan siquiera a su sombra.

Ha pasado el tiempo y el doctor Requena sigue esperando a don Crisantemo. Pero don Crisantemo no volverá ya al Manicomio, por la sencilla razón de que ha vuelto a ser don Leandro. Ha conseguido que lo admitan de nuevo en la oficina donde prestaba sus servicios de copista, y esto hace que salude cariñosamente al jefe alemán. Por las noches ya no va a ver a su sombra. No cree en ella. Su sombra era una cosa ficticia, sin emoción y sin alma; estaba loco al amarla. Su carne, su figura desgarbada y grotesca, vale hoy mucho más que su sombra. Tiene el pleno convencimiento de que la vida debe de ser amada, porque ella da a cada uno, tarde o temprano, lo que debe darle. A él le dió el amor, y el amor ha sido lo que lo arrebató del extraño mundo de sus sueños. Vale la pena de vivir para amar. El vive por el amor, y lo demás no le importa. Hay que ser egoísta. Don Crisantemo se siente más hombre porque ha logrado purificar a una pobre mujer, aun siendo él tan poca cosa. Vive para ella y la quiere locamente, desde aquella noche fría de Enero en que vino a sacarle del mundo de las sombras y se unió a él—el primero que encontró en la calle—, porque estaba heladita como un témpano...